

“ARPEGIOS ROTOS” -Centímillo-

Varsovia, Polonia. Invierno de 1995.

Apenas baje la intensidad de luz en el patio de butacas, dará comienzo el concierto con el que culminarán los actos conmemorativos del 50 Aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. La atmósfera del Gran Teatro de Varsovia se inunda de melancolía con las primeras notas del *Adagio for strings*, pieza del compositor estadounidense Samuel Barber. Un nudo de emoción presiona la garganta de Hadassa, el corazón como si quisiera escapársele por la boca. Entrelaza sus manos. Súbito, sus dedos se cubren con una mortaja de helor. Flamea en la mirada de algas de la anciana un brillo mortecino, como un resplandor de opalina tristeza. Hadassa no puede apartar la vista del chelo principal de la orquesta. Lo toca una mujer joven y rubia. Le parece estar mirándose en un espejo. El reflejo la devuelve a un escenario bien distinto, 50 años atrás...

*

En el campo de concentración, las mujeres, todas ellas jóvenes, son tasadas a la baja; no tienen valor alguno. Son consideradas como objetos prescindibles. Reciben menos alimentos y en peores condiciones que los desechos que echan a los fieros perros que, al romper el alba, irrumpen con sus estridentes ladridos en los barracones para despertarlas. La escasez de comida, la fatiga, las enfermedades y los malos tratos han diezclado sus cuerpos, sus ánimos... la fortaleza de todas ellas. Pero las mujeres saltan de las camas con premura. Mostrar debilidad ante las aufseherinne (guardianas) es un pasaporte hacia la cámara de gas, una salida para las más agotadas, quienes ya consideran la chimenea de los hornos crematorios como puertas hacia la libertad. Antes del recuento – que mal vestidas soportarán a la intemperie, sufriendo temperaturas bajo cero y aguantando vientos que acuchillan la piel-, las reos se pellizcan las mejillas, para que se sonrojen y así aparentar buen estado físico. Un buen aspecto, aun fingido, es sinónimo de supervivencia, de igual modo de alargar el suplicio. Su futuro es aciago. Son mujeres judías, futuras madres de

judíos... catalogadas como escoria que hay que eliminar a toda costa, como las malas hierbas de un campo de cultivo.

Hadassa ha sido seleccionada para trabajar como sirvienta de un oficial del campo de exterminio de Ravensbrück. Al llegar a la residencia del capitán de las SS, la esposa, una de las guardianas del recinto, la inspecciona, como si la considerase una bestia salvaje: manos, uñas, cabello, dientes... Le ordena que se lave a fondo. Manda que sea fumigada. Es obligada a vestir ropa de criada, cosida en la pechera la estrella de David sobre fondo amarillo y con la inscripción JUD en el centro. La joven no mira a los ojos de la señora. Mas no puede evitar fijarse en un violonchelo que está apoyado en un caballete, en un rincón de la sala, junto al balcón desde donde se divisa la totalidad de las instalaciones nazis. La esposa del capitán, que viste el uniforme de aufseherin, advierte cómo en los ojos de Hadassa ondea cierto entusiasmo al contemplar el instrumento musical.

-Sabes tocarlo, ¿verdad? – La inquiera, cual fiscal acusándola de un delito.

Hadassa humilla la cabeza. La guardiana le alza la barbilla valiéndose de la porra.

-¿Acaso tienes miedo? Toca algo de Brahms o de quien tú prefieras; ahí tienes varias partituras. ¡¡Toca!! ¡¡Vamos!! ¡¡Toca si no quieres que te denuncie ahora mismo!!

*

La orquesta toca la sublime pieza de Samuel Barber. Hadassa no puede contener las lágrimas; humedecen sus céricas mejillas. Desearía tanto poder interpretar al chelo una pieza tan bella e íntima como la que está sonando... Se estremece, como si hubiesen azotado su enteco cuerpo con una fusta de escarcha. Porque sabe que para ella es imposible sacarle una nota desde aquel nefasto día... Parece oír los ásperos gritos que la aufseherin, sus ojos aguanosos, le profirió cuando terminó de tocar *La Cello suite N° 1*, obra compuesta por Bach:

<<¡¡Una mujer tan indeseable como tú, una maldita perra judía, no puede tocar el chelo mejor que mi marido, que es un hombre cabal, un valeroso soldado del III Reich!!!>>

Se frota las manos con ternura, como si quisiera apaciguar el intenso dolor que vuelve a aflorar en sus dedos, los cuales quedaron como arpegios rotos tras los tremendos golpes que le propinó la esposa del capitán de las SS con el arco del violonchelo.